



Luisa Etxenike

AVES DEL PARAÍSO

Ilustraciones

James Ellsworth

 NOCTURNA
EDICIONES

© de la obra: Luisa Etxenike, 2019

© de las guardas: elisabetaaa/Shutterstock

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: septiembre de 2019

Preimpresión: Elena Sanz Matilla
Impreso en España / *Printed in Spain*
Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: FA
ISBN: 978-84-17834-21-0
Depósito Legal: M-24324-2019

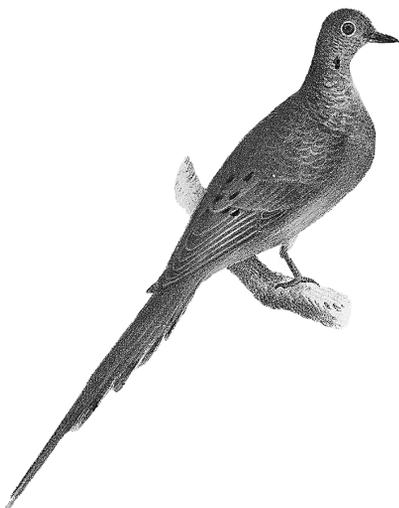
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

A Juana Langarica

I

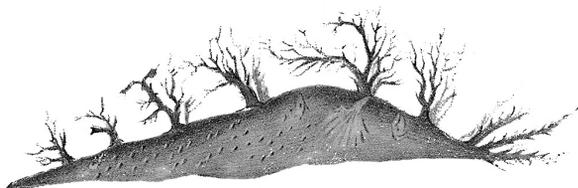
*Quick, said the bird, find them, find them
Round the corner.*

T.S. Eliot:
«Burnt Norton»,
Four Quartets



Al amanecer, después de andar toda la noche, llega a su casa. Hay un coche de policía delante de la verja. Le saludan y le piden un documento de identidad. Les entrega el pasaporte.

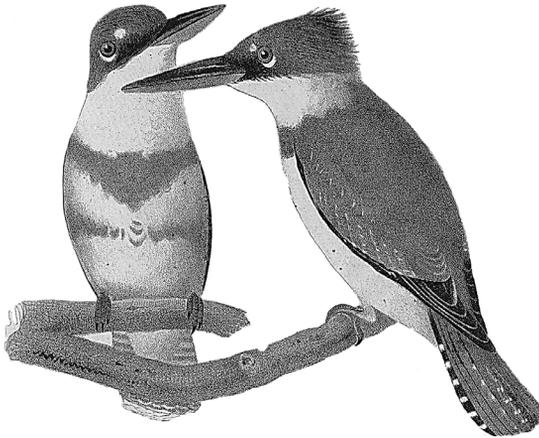
Los policías le explican que están ahí por simple rutina, únicamente porque algunos vecinos han comentado que en esa casa, donde se supone que no vive nadie, de repente, desde hace algún tiempo, hay luz.



Simple rutina la luz.

Y también la vigilancia de los vecinos.

Algunos no se limitaban a vigilar, entonces, también recogían información y luego la entregaban. Era algo que se sabía. Él también lo sabía.



Ahora lo que estos vecinos han debido de decirles a los gendarmes es que, además de la luz, hay una especie de mendigo que entra y sale de la casa a deshoras.

Porque a él nadie lo conoce en el pueblo; desde que compraron la casa del otro lado de la frontera no han venido casi nunca y, de todas formas, con su nuevo aspecto —el pelo y la barba a su aire, la ropa como sea— nadie puede reconocerlo. Una especie de mendigo, le habrán dicho a la policía, un *clochard*.

Entonces no eran vecinos a los que se denunciaba. Sólo enemigos.

Era lo que pensaban muchos en su familia y en el círculo de sus relaciones. Él también lo pensaba, y peor que ellos. Sin ni siquiera la decencia de la convicción.



Los gendarmes le devuelven el pasaporte.

—Soy el propietario de la casa —dice.

Y está a punto de añadir: «de la cara de la fotografía del pasaporte también». Pero esa clase de humor sólo suele servir para dilatar los trámites y él quiere que le dejen solo cuanto antes.

—Supongo que podría presentar la documentación de la propiedad si la necesitáramos.

—Sí, en alguna parte debe de estar.

—¿Le importa que ahora entremos con usted?

Simple rutina. Saca la llave, abre la puerta, les conduce hasta el interior. No registran. Sólo echan un vistazo aquí y allá. El aire y el mobiliario intactos; el suelo, revuelto.

—¿Piensa quedarse?

—No lo he decidido aún.

—Hay mucho trabajo que hacer aquí.

—Sí, mucho trabajo. De todos modos, ahora tengo todo el tiempo del mundo.

Los acompaña hasta la salida.

—No se olvide de tener a mano los papeles de la casa.

—Los buscaré.

Cuando el ruido del coche de la policía se apaga, coge pan y el tarro de la mermelada. Sólo de eso se alimenta últimamente.

¿Cuánto dulce tendrá que comer para compensar este amargor por dentro?

Come metiendo la lengua directamente en el tarro. Cuando ya no llega, se ayuda también con los dedos.

El azúcar quema como el hielo.

No sabe qué esperaba sentir. Ni si esperaba sentir algo o que su interior permaneciera como un cuarto vacío.

No recuerda haber anticipado ni rechazado ninguna emoción.

Pero de lo que está seguro es de no haber imaginado la vergüenza.

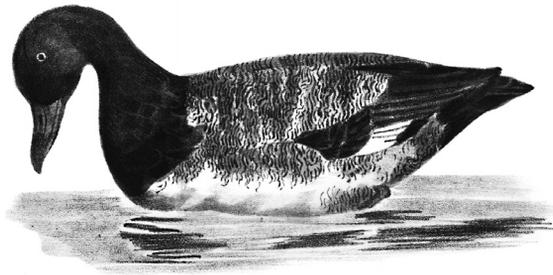


Ha acabado de comer; extiende en el suelo los cartones y el saco de dormir, y se acuesta. Ahora duerme en su casa como si estuviera en la calle.

La casa es el lugar del reconocimiento y él ya no reconoce nada. Está en la calle.

Cierra los ojos.

No había imaginado la vergüenza. Fuego en la cara. Manos al cuello, en cualquier momento, dejándote sin aire.



No sabe cuánto ha dormido, pero todavía es de día. Recoge el saco de dormir y los cartones que extiende, cada vez que necesita tumbarse, sobre el suelo de la cocina. Las baldosas son lo más parecido a la intemperie. Hay camas de sobra, pero no quiere dormir en ninguna de las habitaciones de esta casa que, en cualquier caso, no eligió ni contribuyó a decorar. Su mujer se ocupó de todo, como siempre. Sólo usa el baño.

«Hay mucho que hacer aquí», dijeron los gendarmes, o algo parecido. Sí, mucho que hacer. Para empezar, encontrar el móvil que estará en alguna de las cajas de la mudanza que siguen precintadas; o, si hay suerte, en las maletas que permanecen abiertas y desordenadas, como bocas llenas, sobre la alfombra del salón.

Mete la mano ahí y va hurgando hasta que da con el teléfono. No tiene batería. Lo dejará cargando y cuando vuelva llamará a su exmujer para preguntarle por las escrituras.

Ahora necesita salir a andar, cuanto antes. Ha vuelto a despertarse con esa bola rasposa en medio del pecho. Como un ovillo de cuerda áspera, peluda. Y sólo andar le alivia. A cada paso siente cómo la cuerda se afloja. Y acaba soltándose y cayendo y quedando atrás, sobre el camino.

No hace nada más desde que se ha instalado en esta casa que su mujer y el abogado le adjudicaron en el reparto del divorcio. Él aceptó, intentando imaginar alguna forma de alivio en la distancia. Que nadie te conozca; no ser nadie.

Desde que se ha instalado aquí, no hace otra cosa. Sólo andar, andar, andar, desde la mañana hasta la noche. A veces tiene que continuar por la noche, como ayer, porque la bola tarda en deshacerse.

Es un experto. Lo ha hecho toda su vida, desde muy joven. Cada fin semana se iba al monte o al bosque y andaba durante horas, parando lo estrictamente necesario para beber o tomar un bocado o aliviarse; de prisa, para reanudar la marcha cuanto antes.

Lo ha hecho siempre, pero ahora es otra cosa. Porque entonces lo que contaba era la hazaña física. Atravesar a grandes zancadas el paisaje, sin apenas mirarlo. Se contaban por horas el bosque o el monte. Cuantas más horas andando, más satisfacción.

Ahora no; ahora camina también para fijarse. ¿Cuánto tendrá que mirar para compensar todo lo que no ha visto?

Ahora no cuenta las horas; recorre todas las que hace falta hasta que el ovillo se deshace por completo en su pecho y el último tramo de cuerda cae al suelo como una víbora muerta.

Y se fija con avidez en lo que le rodea. Su mente se ha vuelto una cámara que lo fotografía todo, de lejos y de cerca:

Una lata de cerveza olvidada en un banco.

Una bolsa de plástico enganchada en una rama como una tela blanca que pide una pausa en la batalla para poder rendirse.

Pendientes desparejados de innumerables formas.

Carteles de locales en venta de colores chillones, desesperados.

Manzanas reventadas en el suelo de una calle céntrica.

Perros sueltos en la ciudad y atados con cadenas en el campo.

Los tejados de teja como espejos exactos de lo que hay dentro de la casa, de la confianza o la ruina de sus habitantes.

Mesas de bar pegadas a los coches aparcados.

Tacones altísimos pegando como armas contra el asfalto.

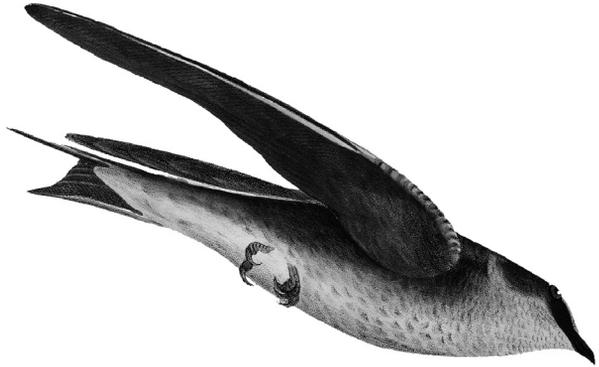
Y sus oídos se han vuelto una grabadora atenta a todo lo que oye, por aquí y por allá. Fragmentos de conversaciones:

«No ha vuelto a llamar...», «estaba superbarato...», «dicen que va a llover», «... le tienen que hacer más pruebas...», «merluza y algo de postre...», «no nos da tiempo...».

Y bocinas, toses, puertas que se abren o se cierran, sirenas, ladridos, gritos de niños, el viento contra todo; sus pasos sobre el asfalto, la gravilla, la arena. La arena también suena, no es blanda. No hay blandura en nada.

Se mete en los bolsillos del anorak un par de rebanadas de pan y el último tarro de mermelada.

Cuando sale, está anocheciendo. El cielo parece arañado de sangre.
Aprieta el paso.



Andar toda la noche no le ha calmado. Aún le duele el pecho; es como tener un erizo latiendo en el lugar del corazón. O una castaña sin abrir.

Había castañas caídas en aquel camino, aquel día. Su hijo se agachó para coger una, y él le dejó hacer «para que aprendas». Puntos de sangre en su mano de niño.

No hay alivio hoy; la bola no se suelta. La serpiente que lleva en su pecho no va a caer, sigue viva.

Y el erizo igual, latiendo en el lugar del corazón.

Eran caminos de montaña que recorrían sin atender, deprisa, deprisa... Sumar horas de marcha. Concentrarse en el cuerpo, en la zancada tenaz, poderosa. No buscar más. No saber más.

Pero el niño vio las castañas enteras y se agachó a coger una. Y él no se lo impidió. No quiso avisarle.

Luego el grito y la sangre en la mano pequeña. Aunque tal vez esa sangre no estaba en el pasado, sólo existe en el presente de su pensamiento. Porque el niño no lloró. Sólo el primer grito y, después, nada.

—Para que aprendas —le dijo.

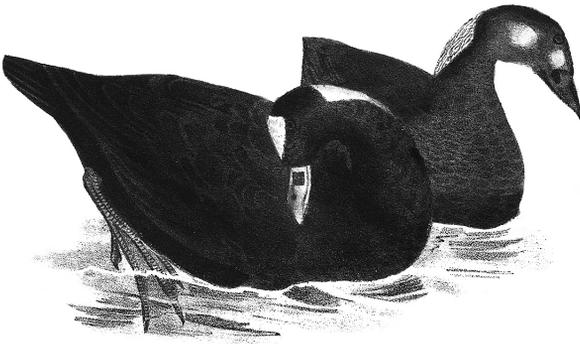
¿Qué tenía que aprender su hijo?

¿A ser precavido? ¿Metódico? ¿Y qué más?

Porque entonces el niño empezó a aplastar las castañas con los pies, a abrirlas a patadas. Y a dejarlas desnudas, sudorosas, cada vez más atrás en su camino.

Necesita más mermelada. Y se sienta junto a los carros, a esperar a que abran ese centro comercial que enseguida reconoce como el que está más cerca de su casa. Así que lleva andando en círculos toda la noche, enroscándose también él como una víbora.

¿Qué más comprende un niño cuando aprende a golpear con la bota, la rama, la piedra..., a obtener con el golpe? ¿Qué dulzura desaparece para siempre en su interior?



Está llenando el carrito del supermercado con paquetes de pan en rebanadas y tarros de mermelada. Fresa, kiwi, albaricoque. ¿Cuánto antídoto tendrá que comer para quitarse este gusto de veneno en la boca? Frutas del bosque, frambuesa y arándanos. Coge todos los tarros de este sabor que hay en la balda.

El vigilante de seguridad aparece por el extremo del pasillo, se le acerca de frente, buscándole los ojos para significarle con ese gesto que le considera un sospechoso y que estará al tanto de todos y cada uno de sus movimientos por los corredores del supermercado.

No había visto los tarros de mermelada de ciruela. Cambia los de kiwi por estos, que serán más dulces. Empuja el carro. El vigilante, que ya está frente a él, se aparta un poco para dejarle pasar, pero luego le sigue a muy corta distancia. La distancia precisa para la humillación. Él también lo sabe, se hiere de muy cerca. Avanza así unos metros, con ese hombre detrás.

Algunos clientes ralentizan sus movimientos para no perderse el espectáculo que seguro que viene a continuación; otros se acercan. La humillación es atractiva, él también lo sabe. Cada uno espera en su puesto la escena apetecible entre el vigilante de seguridad y este tipo con pinta de mendigo.

Entonces él saca del bolsillo interior del anorak una cartera con suficientes tarjetas y billetes para comprar lo que haga falta y se la enseña al guardia sin volverse, echando sólo el brazo hacia atrás. No está defendiendo su dignidad; él no defiende, no ha defendido nunca; sólo está boqueando, como un pez que se ahoga, en lo irrespirable. Sólo eso hace ahora, vivir en lo invivible; sin razón, sin respuestas porque no le quedan preguntas para el presente, todas las necesita atrás.

Entonces el vigilante de seguridad, entregado a su público, le dice:

—Está bien, puede pasar.

«Puede pasar», le ha dicho, como si en vez de estar a su espalda estuviera delante de él. Y él entiende por qué el guardia ha utilizado esas palabras. Era importante marcar la frontera entre los clientes verdaderos y los indeseables; los nuestros y los otros. Fundamental trazar esa raya que las carteras gordas o cualquier otro salvoconducto parecido permiten cruzar. Ya ha cruzado. Está del lado correcto. Todo ha vuelto a su orden, nosotros y ellos; pero algunos clientes aún le siguen con la mirada. Por eso, mientras avanza hacia las cajas, empujando el carro con el cuerpo, coge uno de los tarros de mermelada de arándanos, lo abre y mete allí entera la lengua. Y el azúcar se agarra tanto a la piel seca de su boca que la abrasa.

SIGUE LEYENDO

AVES DEL PARAÍSO

Luisa Etxenike



AVES DEL PARAÍSO

Luisa Etxenike

Ilustraciones de James Ellsworth

 NOCTURNA
EDICIONES

ISBN: 978-84-17834-21-0 | PVP: 16,00 € | A la venta: 23-9-2019

 NOCTURNA
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com